



LA ERMITA DE SAN ANTONIO ABAD

de Villanueva de la Jara (apuntes históricos y artísticos)

por Desiderio Gabaldón Salamanca

Edición preparada con motivo del IV Centenario de la finalización de las pinturas murales de la Ermita de San Antón Abad de Villanueva de la Jara (Cuenca).

*La historia no es una ventana desde la que podemos ver lo que hicieron otras gentes.
La historia es un espejo donde debemos mirarnos para reconocernos.*

Introducción

Uno de los monumentos más escondidos y desapercibidos de Villanueva de la Jara es su ermita de San Antón. Precisamente el descubrimiento de ésta, y los frescos que alberga en su altar mayor datados in situ en 1609 captaron la atención de quienes decidieron organizar este pequeño homenaje al santo ermitaño, a su lugar de devoción en La Jara y a las gentes que año tras año acuden a ese recinto para encomendarse, junto con sus labores, al popular santo.

Este trabajo tratará la vida de San Antón, su influencia en el mundo religioso, las fundaciones inspiradas y encomendadas a su protección e intercesión y finalmente sobre la ermita jareña a partir de la documentación histórica custodiada en el Archivo Histórico Provincial de Cuenca, y de la iconografía sobre la vida del santo que está representada en los frescos del santuario antonero, un verdadero ejemplo de devoción y piedad popular, levantado por el pueblo para satisfacer su fe.

El objetivo final de este estudio es acercar a quienes estén interesados en la historia local una pequeña visión de conjunto de quién era San Antón, porqué decidió y consiguió ser santo, y qué significaba el esfuerzo popular para levantar un santuario en su nombre, y lo que es más importante, incentivar el entusiasmo por la conservación de una tradición arraigada desde antiguo en el pueblo, la festividad de San Antón, y fomentar el respeto por un monumento, que no por encontrarse discretamente *“extra muros de la villa”* se escapa de necesitar constantes atenciones con diversos fines: devocionales, culturales, turísticos, etc.

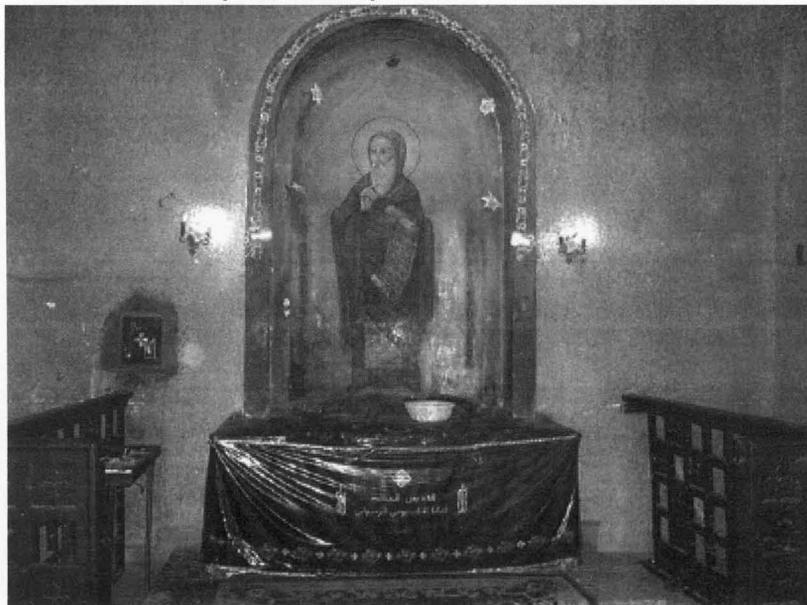


0001: San Antonio. Retablo mayor en su ermita en La Jara.

1. Breve vida de San Antonio Abad

Para conocer la vida de San Antonio es necesario recurrir a lo que de él dejó escrito su compañero y amigo Atanasio. Atanasio en una de sus huidas al desierto, perseguido por los defensores del arrianismo herético, conoció a san Antón. Entre ambos surgió una amistad nutrida por el intercambio de conversaciones sobre la vida eremítica, la virtud para combatir las tentaciones del maligno, los pensamientos de ambos sobre la doctrina de la iglesia naciente, etc. No podemos perder de vista que nos situamos en el siglo III a IV de nuestra era. La Iglesia, como institución no existía.

San Atanasio (296 – 373)



0002: Sepulcro de San Atanasio en la Catedral de El Cairo (Egipto).
Fuente: wikipedia.org

El cristianismo era un movimiento en continua formación, perseguido desde el Imperio Romano. Los primeros cristianos estuvieron condenados al martirio, y la vocación principal de quienes engrosaban las filas cristianas era morir mártir. Conforme el Imperio admitía al cristianismo y desaparecían los martirios el ideal del nuevo cristiano era retirarse al desierto para vivir en la meditación, martirizado por las continuas tentaciones y dificultades que invitaban constantemente al abandono del camino elegido, y consiguientemente al fracaso en el seguimiento a Jesús.

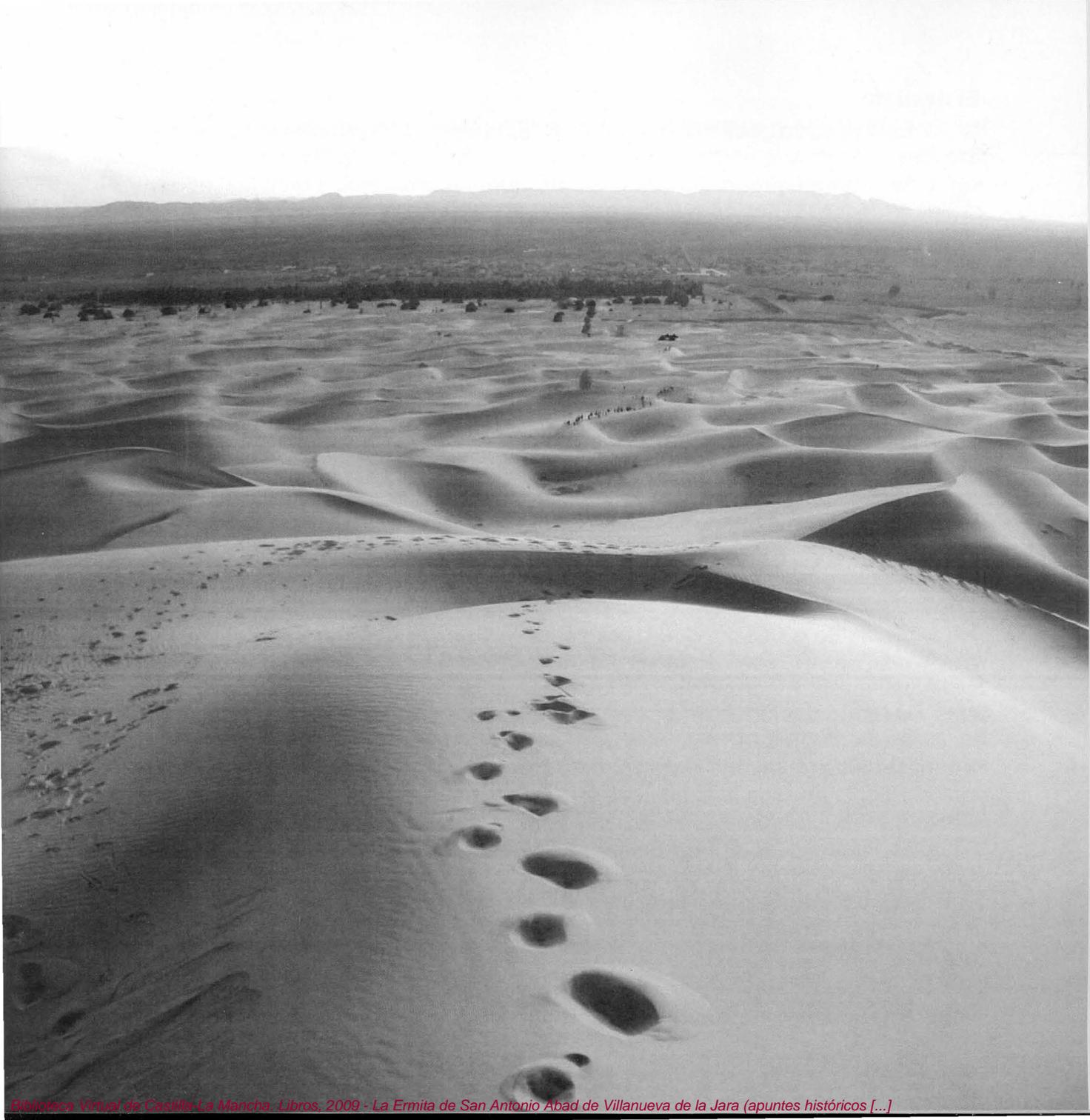
Atanasio fue un hito importante para la doctrina eclesiástica, de hecho en la Iglesia Oriental es considerado un “padre”, es decir un precursor de la doctrina. Este título lo debe a su defensa doctrinal contra el **arrrianismo**, doctrina que defendía la no existencia de la Trinidad, y la no dependencia paternal de Jesús respecto al Padre Dios.

Atanasio, primero como diácono y posteriormente como Patriarca de Alejandría, participó de dos Concilios; en Nicea en el 325 y en Constantinopla en 385. Su ferviente defensa de la Trinidad, argumentada con los conocimientos filosóficos y teológicos necesarios le llevaron al gobierno de aquel importante patriarcado egipcio. Murió y está sepultado en la Catedral de El Cairo.

Además de su fecunda obra patrística se le atribuye la biografía de San Antón, vida que se recogerá y adaptará por los posteriores biógrafos, especialmente por Santiago de la Vorágine en su *Leyenda Dorada*.

San Antonio (251-356).

Antonio nació en Quuman el-Arus (Coma) al sur de Memphis en el Alto Egipto. Pertenece a una acomodada familia. Siendo aún un niño quedó huérfano junto con su hermana. Lo que nos cuenta san Atanasio, hagiógrafo oficial de nuestro santo, es que estando Antonio cercano a una iglesia en el momento en que se daba lectura al Evangelio oyó aquellas palabras dichas por Jesús al joven que quería ser perfecto: **“si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme”**(Mt 19,21). Esta cita del Evangelio fue suficiente para que Antonio vendiera lo que tenía, dejara a su hermana a buen recaudo con los bienes que le correspondían y él comenzara su vida ascética por las cercanas montañas de Libia. Más tarde se trasladó al desierto de Maymun donde permaneció cerca de veinte años, junto a la fuente de Al-Quzum.



El desierto

Este espacio geofísico hostil, infértil, dificultoso por sus temperaturas extremas a lo largo del día y la noche, se ha convertido durante toda la Historia Sagrada en el lugar de llegada y partida, tanto de hombres y mujeres, como de espíritus y espiritualidades. El desierto, al margen del simbolismo que se pueda establecer en el plano de la interiorización de los sentimientos religiosos y espirituales, ha servido a las religiones como lugar donde acababan todos aquellos que querían “cambiar” sus vidas, y lugar de donde partían una vez convertidos, o transformados por las fuerzas divinas y con las fuerzas divinas. El mismo Jesús antes de comenzar su vida pública se retiró al desierto a ayunar y orar, dos elementos fundamentales en la vida de quienes quieren iniciarse en la ascesis.

Ya en el Libro del Génesis, primero de la Sagrada Escritura, Dios busca un lugar, el Edén, para establecer su paraíso terrenal. El “Edén” nunca se localizó pero su raíz etimológica en las lenguas siria y hebrea demuestran que conceptúa un espacio estepario, yermo, aséptico, duro, capaz de hacer que el hombre sienta sus verdaderas dimensiones humanas. Adán y Eva fueron tentados en el Edén, y allí, fueron dominados por la tentación y cayeron. En ese espacio encontramos los personajes Dios – desierto / paraíso = soledad – demonio – personajes tentados – triunfo / fracaso.

El pueblo de Dios, Israel, fue sacado durante cuarenta años al desierto. Al margen de las cifras cronológicas y demográficas que los Libros del Éxodo y de los Números narran, imposibles según los estudios científicos dedicados a ello¹. De este tema se han ocupado Wilfrid J. Harrington, O. P. y J. Bright, obras citadas en la bibliografía empleada. el escenario del desierto fue escenario de opresión, fundamentalmente por los faraones egipcios Seti I y Ramsés II. El desierto significó para el Pueblo de Dios la configuración de sí mismo y de una Ley Sagrada (los Diez Mandamientos) así como una constante prueba sobre la presencia de Dios ayudando al pueblo hacia su éxodo. Presencia Divina que acompaña durante los años de la conquista de Palestina. En definitiva encontramos los mismos elementos narrativos: Dios – pueblo – demonio - tentaciones – triunfos / fracasos. Las tentaciones en el desierto en algún caso, supusieron el encuentro de la muerte, como ocurrió con los hijos de Aarón al querer tocar a Dios en el templo.

¹De este tema se han ocupado Wilfrid J. Harrington, O. P. y J. Bright, obras citadas en la bibliografía empleada.

Jesús antes de iniciar su vida pública se retiró al desierto a orar, a meditar; allí fue tentado por Satán y de allí salió reforzado para iniciar su vida pública culminada con la Pasión. Encontramos nuevamente los elementos Dios – humano – demonio – tentación – triunfo. Elementos que superan o fracasan en función de la FE.

Los primeros monjes, no olvidemos que el escenario en el que se desarrolla el cristianismo es fundamentalmente Oriente Próximo (Egipto, Somalia, Etiopía, Sudán, Libia, Turquía, Siria, Palestina) adoptaron este esquema de búsqueda de Dios: salir al desierto, luchar contra las tentaciones, vencer y ser premiados con la santidad. En la aventura de la búsqueda muchos encontraban el martirio pues otro dato a tener en cuenta es que la oficialidad de la Iglesia no llegó hasta mediado el siglo IV, con el Edicto de Constantino de 313.

El desierto ofrecía las condiciones físicas de soledad idóneas para que quien decidía seguir a Jesús no encontrara distracciones provocadas por otros seguidores. Los hombres, y mujeres, que decidían adentrarse en el desierto, buscando la soledad para perfeccionar el espíritu son conocidos como “anacoretas”. La vida del anacoreta del desierto consistía principalmente en orar. Eran pocos los retirados que sabían leer y escribir. Algunos de los hombres del desierto que dejaron escritos pertenecen al grupo de los Padres de la Iglesia, aquellos que han elaborado unos escritos sobre el Evangelio y la Doctrina Cristiana desde el contacto con las fuentes primigenias del cristianismo.

El retiro consistía fundamentalmente en canalizar los comportamientos del cuerpo como el hambre, la sed, el sueño o pereza, los impulsos sexuales, etc.

Los retirados no se sometían a ningún tipo de norma escrita. Su código de vida lo marcaban las exigencias del Evangelio mismo. Vivían una vida absolutamente eremítica, solitaria y de ahí, de la soledad, del encontrarse consigo mismo, se les denominó con el término “monje”, del griego “monos – uno”. Dentro de la Historia de la Iglesia se les conoce como los Padres del Desierto. Contamos con numerosa hagiografía sobre estos hombres, y mujeres, que decidieron hacer de la soledad su vida.

Era frecuente que cuando los más jóvenes se adentraban física y espiritualmente en esta aventura pidieran consejo a los más experimentados o afamados en la virtud. San Antón se contaba entre estos y pronto se le sumaron, agregaron, otros buscadores de Dios que sin abandonar su anacoretismo, vivieron de un modo organizado. De ahí que el santo pasara a ser “padre” de una comunidad, el Abad (de abba, que quiere decir padre), y de esto tomar su apellido, San Antonio Abad. También lo vamos a encontrar como San Antonio Ermitaño, el Grande, el Mayor, el del Desierto y finalmente entre la devoción más popular San Antón. En el desierto se le consideró un gran monje, un hombre de virtud que había superado numerosas veces y de modos trágicos las tentaciones que los demonios enmascarados con todo tipo de representación le tentaban para abandonar el camino que le llevaba a Cristo.



Fuente: wikipedia.org

Esta superación le dio tanta fama que, y lo veremos dentro de las representaciones pictóricas que la historia del arte ha dejado, eran numerosos los monjes, jóvenes y experimentados, que acudían a él pidiendo consejo. Lo hemos comprobado con el obispo Atanasio, pero igualmente lo hicieron numerosos abades y clérigos de las recién fundadas iglesias del entorno.

Sus conocimientos sobre la virtud y la ascesis para conseguir la “apaceia”, paz interior y serenidad del espíritu en el mundo le llevaron a poner por escrito sus conocimientos elaborando las “Cartas”, conjunto de ocho escritos sobre vida espiritual dirigida a quienes desean la búsqueda de Dios.

Los monjes del desierto se dispersaban por el interior del actual Egipto a lo largo del río Nilo, adentrándose en las zonas más rocosas o en las que hubiera algún tipo de cueva u oquedad que sirviera para resguardarse de condiciones extremas. La zona monacal comprendía desde el Nilo Alto hasta Etiopía, Sudán, la confluencia del Nilo Azul y el Blanco.



0004: Ubicación de monasterios cristianos en el desierto de Egipto.

Fuente: wikipedia.org

Allí a los 105 años, en el 356, murió el santo. Como se expuso más arriba San Atanasio tributó su primer homenaje escribiendo su vida y describiendo detalladamente su enfermedad y su muerte.

Caído enfermo, sin haberse quejado nunca por su avanzada edad ni haber suavizado la ascesis que hubo practicado durante toda su vida, congregó a quienes le acompañaban buscando su ejemplo y les advirtió de que no abandonaran el camino elegido. Distribuyó su ropa, devolviendo a Atanasio la túnica que le regaló y que Antonio fue gastando con los años. Y se despidió.

Su cuerpo está en el origen de una de sus grandes huellas en la historia de occidente y que veremos seguidamente: la Orden Hospitalaria de San Antonio Abad.

2. Presencia de San Antonio Abad en la Iglesia

Influencia en el nacimiento de Órdenes Religiosas y en las Reformas más importantes.

Antes de introducirnos en las dos grandes obras religiosas inspiradas en san Antonio Abad, por un lado la Orden Militar y Religiosa de los **Caballeros de San Antón del Preste Juan de las Indias en Etiopía** y posteriormente la **Orden Hospitalaria de San Antón**, vamos a detenernos en la influencia inmediata del santo anacoreta en el espacio de la vida religiosa.

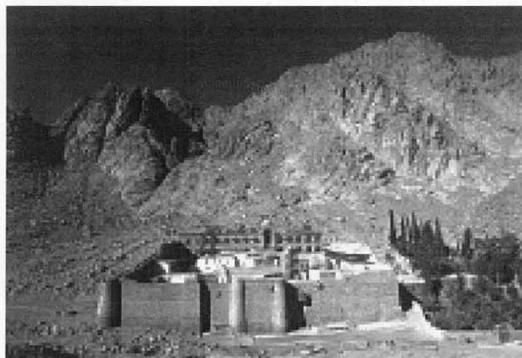
Quizás por casualidad o quizás por influencia el primer fenómeno femenino conocido se desarrolla también en el desierto de Egipto, en las mismas latitudes, a partir de una mujer que también queda huérfana y se retira al desierto junto con su hermana ciega. Hablamos de Santa Syncrética de Alejandría (271 – 355) y cuya vida también nos narra San Atanasio.

En el siglo IV aparecen en Belén varias comunidades religiosas femeninas fundadas en forma de cenobios, inspiradas en San Jerónimo, también santo retirado a la soledad del desierto, y compuestas estas comunidades por damas romanas que abandonaban sus confortables vidas para vivir en el retiro y la interiorización del cristianismo bajo la dirección de Santa Paula.

Comentábamos antes que San Antonio alcanzó tal fama de “santidad”, los monjes del desierto eran considerados “santos en vida”, que obispos como Atanasio de Alejandría, o el obispo Serapión, acudían en ayuda espiritual y doctrinal al santo eremita. Incluso consta que Antonio visitara Alejandría predicando contra el arrianismo.

Otros grandes padres y ascetas inspirados en San Antonio fueron san Basilio el Grande, Juan Clímaco o Efrén siríaco.

También hemos visto cómo en torno al santo se agrupaban otros monjes que si bien nunca establecieron una reglamentación u organización escrita, sí sabemos que la hubo oral: el santo aconsejaba cómo combatir la desidia, el aburrimiento, la tentación, las pasiones que el solitario encuentra a lo largo de muchos días de prueba en la soledad. A tal punto llegó esta asistencia que San Antonio es considerado el precursor de la vida cenobítica, es decir, la vida monástica organizada y reglada.



0005: Monasterio de Santa Catalina en el desierto.
Fuente: wikipedia.org



0006: Monasterio de Fayum-gabriel.
Fuente: wikipedia.org

Siguiendo el trabajo de la investigadora María Rosa Fernández Peña, *esta idea* (la agrupación de eremitas en torno a un Abad) *se extiende, perdura y es recogida por las comunidades cristianas de Siria, que posteriormente hubieron de emigrar al Líbano y ha llegado a nosotros a través de la Iglesia Maronita, fundada en el 420 por San Marón y en plena comunión con la Sede de Roma*². FERNÁNDEZ PEÑA, M.R., *San Antonio Abad, un santo antiguo pero muy actual*, en “Los santos: cofradías, devoción y arte” Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, Madrid, 2008.. Posteriormente los Padres de la Orden Libanesa Maronita, siglo XVII, adoptan sus constituciones y reglamentos de la Regla de San Antonio el Grande.

Más actualmente, aludiendo a la distancia cronológica, es la inspiración de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús cuando inician su reforma carmelitana mirando el ejemplo de los santos del desierto, y el origen mismo de la Orden del Carmelo también en este espacio físico. Idénticamente lo hacen los reformadores del franciscanismo en el mismo siglo XVI.

La Orden Militar de San Antón



0007: Símbolo de la TAU deada

Las noticias sobre la existencia de esta orden tan cuestionada a lo largo de los siglos nos llegan por dos líneas diferentes pero que convergen en la misma fuente.

La primera los fondos archivísticos de la Orden de San Juan de Viennes, en Francia. Dichos fondos se unieron a los de la Orden de Jerusalén en esas tierras hacia 1772 y fueron requisados durante la Revolución Francesa y depositados en los Archivos Departamentales de Vienne.

La segunda es la recogida por el investigador e historiador Ricardo Ollaquindia Aguirre en su artículo sobre *La Orden Militar de San Antón* OLLAQUINDIA AGUIRRE, R., *La Orden Militar de San Antón*,³ en “Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra”, año 32 nº. 75, pp. 147-158, Navarra, 2000. y que servirá de base para este estudio. El autor nos remite al *Manual del librero hispanoamericano* de Antonio Palau y Dulcet, donde encontramos un capítulo dedicado a los “Caballeros de San Antón del Preste Juan de las Indias en Etiopía año de 370”.

El espacio geográfico en el que encontramos esta orden es el del Imperio Abisinio, aproximadamente la actual Etiopía, parte de Sudán y confluencia de los ríos Nilo Azul y Blanco. Situado al sur de Egipto, limita al este con Somalia y al Oeste con Sudán, al sur con Kenia. A partir del siglo VI se fueron imponiendo las corrientes musulmanas, culminando su imposición en el siglo XIII y dando lugar al Imperio Etíope.



0008: Mapa del Imperio Etíope o de Abisinia.
Fuente: wikipedia.org.

El imperio abisinio existía ya en el siglo II y fue cristianizado hacia el III y IV. la Orden de San Antón fue fundada en el año 370 por el emperador etíope Juan el Santo, basando su constitución en las enseñanzas de San Basilio, regulador también de los Caballeros Constantinianos de San Jorge.

² FERNÁNDEZ PEÑA, M.R., *San Antonio Abad, un santo antiguo pero muy actual*, en “Los santos: cofradías, devoción y arte” Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, Madrid, 2008.

³ OLLAQUINDIA AGUIRRE, R., *La Orden Militar de San Antón*, en “Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra”, año 32 nº. 75, pp. 147-158, Navarra, 2000.

La función original de la Orden Antoniana era combatir el arrianismo que amenazaba al cristianismo abisinio desde el norte. Posteriormente con la aparición del Islam los objetivos combativos se ampliaron también hacia los árabes (Yemen y Arabia se ubican al este, tras el Mar Rojo), y los musulmanes.

La regulación y modo de pertenecer a la orden fue enriquecida y endurecida por el hijo del fundador, Juan Felipe Séptimo. Con este emperador se instaura la obligación de que todos los vasallos estaban obligados a dar a la religión de san Antón uno de cada tres hijos varones que tuvieran. También diferenció la orden en dos ramas, una espiritual, los monjes, y otra militar, los caballeros.

Cada grupo se organizaba de un modo distinto pero todos se regulaban con la misma regla.

Un mismo monasterio albergaba varios claustros: monjes, caballeros, sirvientes y oblatos. A cada clase se accedía de diferente modo y por diferente procedencia, así mismo se regulaba y organizaba de diferente manera.

En cada ciudad había un convento o abadía contabilizándose en unas doscientas cincuenta.

Cada abadía, siguiendo el texto de Palau y Dulcet, *“...está edificada fuera de la ciudad, a la traza y modo de castillo y fortaleza, dentro de la cual hay cuatro Claustros...”*. Sobre los monjes y caballeros el texto dice: *Los Caballeros son de dos maneras: unos que se han de ejercitar en la guerra,..., y otros que siendo viejos y cansados de la Milicia, se recogen en las Abadías, donde toman el Hábito y profesan como Monjes si quieren. De los Monjes no puede haber más de veinticinco en cada Convento, el más antiguo es el superior, el Abad Espiritual, y le sucede el más antiguo. Los Caballeros Militares tienen en cada casa su Abad Militar por votos de los Caballeros, se les obedece en todo y se les guarda muy gran respeto y reverencia, por ser Caballeros viejos y cansados de la Milicia, donde han estado lo más de su vida, también porque son Sacerdotes que en jubilándose si no han querido casarse van al Claustro de los Monjes. Los Caballeros acompañan a los Monjes al coro.*

Los Sirvientes y Oblatos, procedentes de otras clases sociales, acompañaban y se dedicaban a los servicios del monasterio: granjas, cocinas, huertas, y todas aquellas funciones relacionadas con la intendencia y organización material y de aprovisionamiento.

Los Monjes vestían un hábito negro con TAU azul sobre el pecho. Los Caballeros además de la TAU portaban flores de lis. La cruz en TAU la concedió como signo San Basilio, a imitación del Santo Anacoreta Antonio. Sobre la TAU y su simbología desarrollaremos más adelante un breve estudio.

La función del hábito monástico es por una parte identificativa de la pertenencia a un grupo; simboliza el abandono de modas y costumbres (la *Conversio Morum* impuesta por San Benito, fundador del monacato occidental en el siglo VIII) y por lo tanto la “uniformidad” dentro de la comunidad religiosa, la fraternidad es una comunión entre iguales.

La liturgia o ceremonias conventuales son otro signo identificativo. Por un lado es una “actuación física” ante Dios; por otro lado imprime majestuosidad y respeto a los ajenos a la Orden. La ceremonia se emplea tanto en el ingreso en los diferentes estadios militares como religiosos. También en la procesión o salidas de los Monjes, de comunidad o superiores, por el espacio público.

La vida conventual narrada ha marcado la vida monástica occidental. El heredero y precursor de ésta fue San Benito quien en su Regla para Monjes no deja de aludir continuamente al desierto, y con ello a la original organización monástica que él introduce en Europa y que le otorga el título de Patrón de Europa por encontrarse en el embrión cultural occidental europeo.

La Orden Hospitalaria de San Antón

La Orden Hospitalaria de San Antonio Abad surge con incierta concreción en sus orígenes, teniendo que acudir a diferentes fuentes, que guardan una estrecha relación..

José García Oro y María José Portela Silva⁴ exponen que los antonianos hospitalarios tuvieron su origen en **una cofradía seglar surgida a la sombra de un priorato benedictino del Delfinado, cerca de la ciudad conciliar de Vienne, que había dado un paso institucional importante bajo el papa Bonifacio VIII, convirtiéndose por una bula de 10 de junio de 1297 en una congregación de canónigos regulares, adscrita a la Regla de San Agustín**. Esa vocación hospitalaria se extendió por Europa Central y España durante los siglos XIV y XV, llegando a contar en nuestra nación con cerca de medio centenar de casas.



0009: Confirmación de Carlos V de los privilegios concedidos por sus antecesores a la Orden Hospitalaria de San Antón. Fuente: Archivo General de Simancas.

Ricardo Ollaquindia, en el artículo anteriormente citado, recurre a una segunda parte del *libro de Joseph Micheli Márquez*⁵ que trata sobre las órdenes religiosas y del que transcribe los siguiente: *Cinco años después de la Orden del Cister (1090), comenzó la Orden de San Antón, que es Hospitalería, y curan de mal de fuego. Los fundadores fueron dos Caballeros de Viena de Francia, llamados Gastón y Gironde. Dióles la Iglesia Romana la Regla de San Agustín (...) Tienen muchos prioratos: en Francia, Italia y España.*

⁴ La Orden de San Antón y la asistencia hospitalaria en Castilla durante el Renacimiento, en "Archivo Ibero-Americano 2005", p. 304

⁵ MICHELI MÁRQUEZ, I., *Tesoro militar de Caballería. Antiguo y moderno modo de armar caballeros y profesar, según las ceremonias de cualquier Orden Militar, Regla debaxo de la qual militan*, Madrid, 1642.

En diferentes biografías sobre el santo que nos ocupa, encontramos que los caballeros Gastón y Gironde, padre e hijo, estuvieron combatiendo con la milicia antoniana desde Etiopía y trajeron como agradecimiento parte del cuerpo de San Antonio. Durante el camino el hijo contrajo la enfermedad del “fuego de San Antonio” o “ergotismo”. Esta enfermedad se contraía, en animales y en humanos, por digerir cereales, centeno especialmente, contaminados por un parásito conocido como el “cornezuelo del centeno”; esta dolencia provocaba que las extremidades, inferiores y superiores, se engangrenasen y adquiriesen una putrefacción y un sangrado cuya cura acababa siendo la amputación, práctica que se dio en 1500 en el Hospital antoniano de Berna⁶.

Movidos por la fe, padre e hijo, ofrecieron al Señor, por mediación de las reliquias que portaban de San Antonio, la creación de una orden, o comunidad, dedicada a la cura de los enfermos que anduvieran por los caminos. El joven sanó, y a la llegada a su destino, en Viennes, se entregaron a la obra hospitalaria.

El profesor Rafael Sánchez Domingo⁷ explica que las reliquias fueron depositadas en el santuario de *La Motte S. Didier* por un tal *Jocelyn de Châteauneuf d'Albenc, natural del Delfinado francés, señor de Castronovo, Albenciano y la Mota de San Desiderio*. Dicho traslado (desde Bizancio) *habría tenido lugar en 1074*. El autor del artículo identifica con este personaje la versión atribuida tradicionalmente a Gastón y Gironde, como personajes del milagro narrado anteriormente.

Desde entonces se veneran en Vienne unas reliquias de un gran eremita en el templo que construyó en su honor Guión Desiderio, heredero de Jocelino y que en 1096 fue entregado a los monjes benedictinos. Esta fundación sería entregada en 1296 a los monjes antonianos fundados por el caballero Gastón y su hijo Gironde, tal como se lee en la *Crónica de la Orden*.

Por lo tanto podemos afirmar que la Orden Hospitalaria de San Antonio se funda en Francia, en el Delfinado, hacia el siglo XI, en torno al monasterio donde se custodian las reliquias del santo, traídas desde Bizancio. En torno a ese monasterio se constituiría una cofradía dedicada al socorro de enfermos, inicialmente peregrinos. Esta cofradía se institucionalizó y forjó la Orden Hospitalaria.

El nacimiento de esta nueva Orden se desenvuelve en un contexto de acontecimientos que la configuran de un modo especial. En primer lugar la aparición de la enfermedad del “fuego de San Antón” y el nacimiento de una “cofradía hospitalaria” encargada de atender a los enfermos, cofradía que según Sánchez Domingo, acabaría convirtiéndose en la Orden Hospitalaria, con cierta raigambre militar y tintes monásticos contemplativos. Coincide también la aparición de otra Orden Religiosa, los Cistercienses, con raíces de orden militar (Templarios) con dedicación exclusiva a la vida contemplativa y que marcan una diferencia estética con respecto a los anteriores: visten de blanco.

En el contexto de la sociología religiosa nos encontramos con dos fundaciones en pleno auge. No vamos a profundizar en la, por decirlo de algún modo, “competencia” entre ambas órdenes, pero sí vamos a hacer notar que los antonianos surgen al lado, de los benedictinos, que sí que se han convertido en competencia de los cistercienses ya que éstos surgen como reforma de los monjes negros de San Benito. En definitiva podemos afirmar que los monjes antonianos surgen en un momento de cambios en la orden benedictina y que por lo tanto se encuentran en una encrucijada de identidades y vocación.

La mayoría de la bibliografía consultada identifica estas fundaciones hospitalarias con los peregrinos europeos que iban hacia Santiago de Compostela y enfermaban. Manteniendo lo anterior como cierto hay que incluir también como pacientes de esta fundación a cualquier caminante afectado, a cualquier residente (prueba de ello son las incontables manifestaciones populares hacia el Santo Ermitaño, así como incluir además de la enfermedad del fuego de San Antonio otro tipo de afecciones, dermatológicas, tifus, sífilis y pestilentes. Se trataba en su origen de verdaderos hospitales contra toda dolencia. En Europa Central, Alemania, Italia, Suiza, se levantaron numerosos hospitales antonianos, hasta cerca de 200, contabilizan García Oro y Portela Silva.

⁶ MISCHLEWSKI, ADALBERT, *El Hospital de San Antón. Los antonianos y las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, en Actas del curso de verano “Hospitalidad y Hospitales Jacobeos en Castilla y León” de la Universidad de Burgos, Burgos, 2008.

⁷ SÁNCHEZ DOMINGO, R., *Una institución hospitalaria en el Camino de Santiago: la ciencia médica de la Encomienda antoniana de Castrogeriz (Burgos)* en “La Iglesia Española y las Instituciones de Caridad”, Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas – Simposium 14, Madrid, 2006.



0010: Ruinas del Hospital Antoniano de Castrogeriz (Burgos).
Fuente: arthehistoria.net



0011: Iglesia de la Virgen de la Luz de Cuenca, antigua iglesia del hospital de antonianos.
Foto cedida por Carlos Julián Martínez Soria.

Ciertamente el Camino de Santiago ofrece un itinerario de fundaciones hospitalarias encomendadas a los antonianos, no son los únicos. La Orden se extendió por toda la península Ibérica. Se organizó bajo dos casas Madre: Olite para el antiguo reino de Navarra y Aragón, y Castrogeriz para Castilla y Portugal.

En este contexto encontramos el Hospital de San Antón de Cuenca, fundado, según las noticias de Mateo López a mediados del siglo XIV.

Este hospital antoniano, *pobre con una iglesia ruinosa en la que hay altar mayor, sin Santísimo, con varias imágenes y, altarcillos* con privilegios de diferentes monarcas (entre otros anteriores, Carlos V y Felipe II) *para recoger limosnas en la tierra de Cuenca, Huete, Priorato de Uclés, Cartagena y Murcia*⁹ es el que pleitearía en 1595 con el Concejo de Villanueva de la Jara para exigirles las limosnas que los fieles jareños habían entregado con el fin de levantar la Ermita que aquí vamos a estudiar.

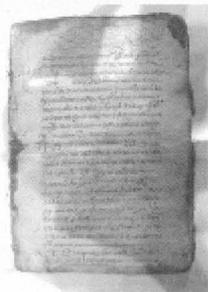
⁸ LÓPEZ, M., *Memorias históricas de Cuenca y su obispado*. Ed. de Ángel González Palencia. Vol. I. Cuenca, 1949, p.326.

⁹ Visita realizada el 21 y 22 de abril de 1502 a la Casa de Cuenca por Fray Juan Antón de Rávena, Fray Ainardo de Vilanova y don Antonio de Acuña, arcediano de Valpuesta. AGS. CR. 633-4.

¹⁰ MARTÍNEZ SORIA, C. J., *La advocación de la Virgen de la Luz, Patrona de Cuenca*, en Actas del I Congreso Nacional de Advocaciones de la Luz: "Lux Mundi. La religiosidad popular en torno a la Luz", Almería, 2007.

3. La presencia de San Antonio en Villanueva de la Jara

Pleito entre la Encomienda de las Casas del Señor San Antón de Cuenca y el Concejo, Justicia e Regimiento de Villanueva de la Jara



0012: Folio primero del pleito de 1595.
Fuente: Archivo Histórico Provincial de Cuenca.

En el Archivo Histórico Provincial de Cuenca¹¹ se conserva un interesante documento fechado a *“beynte e nueve días del mes de henero año del nazimientto de nuestro salvador Jesucristo de mill y quinientos e noventa e çinco años”* en el que se desarrolla un pleito promovido por fray Pedro Ortiz, *Comendador de las casas de San Antón de Cuenca*, contra el Concejo de Villanueva de la Jara representado por Gerónimo Espínola.

En este pleito el fraile antoniano aboga ante el obispo diocesano con el fin de reclamar las limosnas que los vecinos de La Jara estaban aportando para la construcción de la Ermita de San Antonio. Según el religioso *“no se podía hacer conforme a los prebilegios e indultos apostólicos e reales que su horden tenía por los quales se profiere que de nuevo no se hiçiesen yglesias ni hermitas de señor san Antón más de las que estaban elexidas en estos reynos y encomendadas por la hospitalidad que en ellas se haçían a los pobres tocados de fuego e caridad”*.

Una detenida lectura del documento delata enseguida las preocupaciones del fraile sumamente vigilante antes, durante y después, por que las obligaciones económicas a favor del hospital de Cuenca marquen la sentencia del pleito, más allá de cualquier intención devocional o piadosa.

¹¹ AHPCu , D-646

Efectivamente los monarcas castellanos, comenzando con Alfonso VIII, dotaron a los antonianos desde su llegada a Castrogeriz (Burgos) de privilegios que les abrían los territorios donde podían pedir limosna. Privilegio que contemplaba, tal y como fray Pedro Ortiz expone en el pleito, que no se dispersaran las limosnas fuera del control de cada casa matriz, Cuenca en el caso que nos ocupa.

Ante esta situación los de La Jara preparan una defensa lo más lógica y creíble posible, basada en que la información que tiene el fraile no es buena pues a pesar de que en La Jara se ha comenzado a edificar la dicha casa “*se ynclinaron a que se tomase para ello por adbocación a el Bienaventurado San Antón pero no se a determinado por quien lo a de hacer el apellido...*”. Los intentos eran una buena coartada que les sirvió para no pagar por lo recogido.

La idea de levantar una ermita dedicada a San Antón arrancó de los mismos vecinos. Y la elección de este santo fue porque *la mayor parte de los vecinos que pusieron el calor para hedificar la dicha casa son labradores*. Supones que, como hoy, en La Jara además de la protección contra las enfermedades, se buscaba la protección del sustento que da la tierra.

Pero no hubo razones para que el fraile Ortiz siguiera con su empeño recaudatorio sobre “*las dichas limosnas caydas para ello o le pone grandes penas como más largamente se contiene en el dicho mandamiento*”. Además amenazaba con la interrupción de la ermita y la negativa a que siguieran las obras, considerando ya lo construido como propiedad de la Encomienda de Cuenca.

Los de La Jara tampoco se achican y califican de *injusto* ese mandamiento, y más injusto que se les arrebaten las limosnas y los esfuerzos, procedentes de la devoción, *voluntad e deseo de los veçinos e conçejo* pero que *por el respeto hacia los veçinos de la dicha villa e comarca* llegarían a un acuerdo. Y se comienzan a redactar las cláusulas, el acuerdo entre fray Pedro y el Concejo representado por Gerónimo Espínola.

Por suerte todos deciden someterse a este acuerdo.

En primer lugar fray Pedro Ortiz *“da lizençia al dicho conzejo, justiçia, e regimiento e vecinos de la dicha uilla de Billanueva de la Jara para que sin embargo de la contradición que les tenían hecha e puesta pueda hazer fenezer e acabar la dicha hermita (...) en toda perfeçión y haçer altar de la adbocación del dicho santo, de pinzel o talla, casullas, frontales, albas, almitos, corporales e yjuelas, caliz, patena, misal, anpollas e todos los demás hornamentos que para deçir misa sean nezesarios a costa del dicho conzejo e vecinos de la dicha uilla asi de las limonas e mandas que hasta oy ayan adquerido e se ayan dado e ofreçido dieren e ofreçieren hasta el día de señor san Miguel de setiembre del año que veina de mill e quinientos e noventa e siete (...) con que el gasto que en todo lo susodicho se obiere de hacer no ezeda de quatroçientos ducados y que si hasta ese dicho día no la ubieren hecho con los hornamentos e cosas neçesarias (...) executar al dicho conzejo por los maravedís que costare con quiniesntos maravedís de salario por cada un día de la ocupaçión”*.

En la siguiente cláusula se regulan las visitas y administración bajo los *“comendadores que al presente son y por tiempo fueren de las dichas casas y encomienda de señor san Antón de Cuenca y Murçia”*.

Se instituirá *cofradía y hermandad*, y el Conzejo velará por *tener libro, quantas, razón çierta e verdadera de todas las limosnas e mandas y ofrendas que se hicieren en cada un año (...) así dentro del cuerpo de la dicha ermita e yglesia de ella como en la dicha villa e su término y comarca*. La contabilidad se hará desde el próximo San Miguel hasta el siguiente, o cada vez que visite un Comendador.

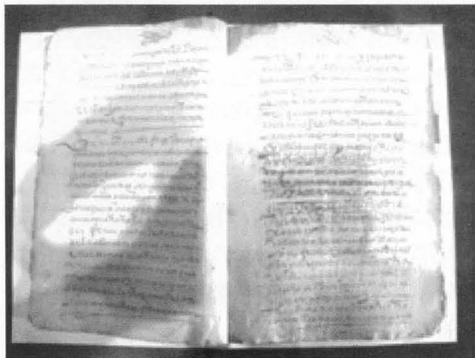
Y comienzan las estipulaciones económicas o en especie que hay que declarar a los de Cuenca; de cómo todo lo entregado a la ermita es para su sustento y para la Encomienda y Hospital de Cuenca. Que si la administración se les hace grande que pongan ermitaño que controle las entradas de capital, que se informe de todo siempre a fray Pedro o a quien lo sustituya en el futuro. La ermita jareña deberá pagar un tercio de todo lo que se entregue por limosna, mandas, ofrendas, memorial.... si se satisfacen esas cantidades el Concejo queda obligado a hacerlo con sus Propios para responder por el pago.

También queda establecido el primer mayordomo: Gerónimo Espínola. Y se detallan las obligaciones y responsabilidades, materiales y espirituales del Mayor de la Casa.

A este primer documento hay un segundo fechado en 1617, un veintiseis de febrero, se trata de una renovación del anterior pero en otros términos, suponemos que más beneficiosos para la ermita. Han transcurrido veintidos años. Ya no es Gerónimo Espínola el mayordomo, en su puesto figura Francisco de Garay, que también es Regidor perpetuo de la villa. Tampoco figura, por estar fallecido, fray Pedro Ortiz, ahora el nuevo Comendador es fray Bartolomé Estibañez García de Yudego.

Haciendo una lectura rápida del texto, desarrollado en una excepcional caligrafía procesal, deducimos que la Hermandad jareña pudo no cumplir sus obligaciones de 1595. La sospecha nos viene confirmada en la justificación que el Concejo y Justicia de la villa hacen para otorgar poder a Francisco de Garay para pactar con el nuevo Comendador.

Se huye en todo momento de pleitar por lo largo y costoso. Se pide no tener que pagar de tiempos pasados. Y fundamentalmente se idea un nuevo sistema de tributos a la casa conquense. Nuevamente por el día de San Miguel se entregarán, a quien se autorice a recogerlo, catorce reales, que si no son satisfechos y hay que desplazarse a La Jara a reclamarlos, se gravará en los propios e rentas del Concejo o sobre los bienes de sus regidores *“un ducado de salario cada un día de los que se detubiere en la cobranza ansi de yda como de estada e buelta de esta dicha ciudad (Cuenca) hasta que se aya fecho la real paga”*. A cambio, repetimos, se levantan todos los derechos, o hipotecas, sobre los bienes de la dicha ermita.



0013: Acuerdos alcanzados en el pleito de 1595.
Fuente: Archivo Histórico Provincial de Cuenca.

La Ermita de San Antón. Espacio arquitectónico



0014: Ermita de San Antón, fachada principal. Villanueva de la Jara.



0015: Ermita de San Antón, fachada norte y espadaña. Villanueva de la Jara.

Las primeras noticias sobre la Ermita de San Antón de La Jara las encontramos en el pleito visto más arriba. En el documento se habla de la construcción aún en tapierío de una ermita y casas ubicadas extramuros de la villa de la que únicamente falta por cubrir la techumbre. Encontramos la ermita en el camino de Quintanar.

Sobre las casas aludidas en el documento del siglo XVI no hay ningún resto que indique que hubo algo más que una iglesia. Podríamos elaborar la hipótesis de que se pudiera tratar de la construcción de un hospital además de una ermita. Sobre este asunto no se encuentra ninguna referencia documental. Únicamente sabemos de la existencia de un hospital bajo la advocación de San Benito, con su ermita, y con una capacidad de dos camas, pero que no tiene ninguna relación con el tema que tratamos.

Encontramos la ermita de San Antón exenta de cualquier otro edificio. La cabecera de la ermita se orienta al este, el muro sur mirando al camino de Quintanar. En la fachada occidental se encuentra el acceso principal, y el muro norte, con la espadaña y dos contrafuertes conformando el espacio destinado a ésta da a otra calle.

El volumen arquitectónico es pues un cuadrilátero en planta que no alcanza una desmesurada altura confiriendo cierta armonía y carácter compacto y regular, quedando cubierto al exterior a cuatro aguas. Únicamente rompe este conjunto la mencionada espadaña. Los materiales constructivos del exterior son un mampuesto de piedra y cal. En la fachada principal la puerta se enmarca en un arco de medio punto de piedra en sillería. A cada lado de la puerta se abre un vano que sirve como canalizador de la luz hacia el interior.

Sobre la puerta encontramos la simbología antoniana por excelencia, la TAU a la que dedicaremos un apartado en breve.

Una vez dentro del templo observamos un gran espacio en una única nave completamente diáfana de elementos sustentantes. El techo de madera, también restaurado, descansa sobre los cuatro muros. A los pies de la ermita se eleva un coro que cobijaba un órgano para las celebraciones litúrgicas y del que únicamente quedan unas pinturas decorativas sin un valor especial. Lo más importante del interior es la decoración pictórica del retablo del Altar Mayor a la que dedicaremos también un estudio. Este Altar se encuentra en la cabecera, elevado sobre cuatro escalones que le aportan la solemnidad que requiere este lugar de celebración eucarística. Junto al altar se encuentra una pequeña sacristía.

Nos encontramos con una fábrica que transmite nobleza y solemnidad, a pesar de tratarse de una ermita devocional levantada con el esfuerzo de los habitantes de la villa. Por la amplitud de la sala y la configuración de los espacios litúrgicos, así como la presencia de instrumento musical, la delicada decoración, además de todo lo extraído del documento comentado de 1595, podemos afirmar que la ermita gozaba de una profusa vida litúrgica. La veneración del santo abad es costumbre arraigada en los pueblos agrícolas y ganaderos al invocar a éste la protección de la manutención anual y la intercesión para que las pestes y enfermedades no se ceban en el pueblo. Quizás este detalle explique las connotaciones arquitectónicas de grandiosidad y espacios litúrgicos bien marcados, siempre dentro del concepto de que no deja de tratarse de una ermita devocional.

La TAU



0016: Ermita de San Antón, detalle de TAU sobre puerta de acceso.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

El símbolo antoniano por excelencia es la TAU. Allá donde encontremos este signo nos encontraremos ante un lugar influenciado por San Antón. En el dintel de la puerta de entrada encontramos el escudo de piedra que reza “Ermita de San Antonio Abad” en torno a la TAU.

Este símbolo tiene una indudable procedencia bíblica. Se trata de la última letra del alfabeto hebreo, letra elegida por Dios para marcar a su pueblo el día que hiciera Justicia contra el maligno: *“Recorre la ciudad, Jerusalem, y marca una tau en la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se comenten en ella (...). No tengáis piedad, no perdonéis; matad a viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres hasta que no quede uno. Pero no toquéis a quien lleve la tau en la frente”* (Ezequiel 9, 3-6).

La TAU también representa el bastón de mando de Moisés guiando al pueblo; es el elemento en el que se sustenta el “padre” del grupo, el “abad” del monasterio. Viene a preceder al actual “báculo” episcopal a abacial, signo de mando y de guía de la comunidad, al tiempo que significa el apoyo del hombre y el sustento y confianza depositada en Dios, como único hacedor de todo lo bueno.

En la lectura bíblica anterior era un símbolo de pureza, los marcados por éste se salvarían de la ira de Dios. Y en nuestro santo significa todo eso: la virtud, la diligencia, el mando y dirección de almas, el símbolo de respeto a su larga y dura experiencia frente a las tentaciones.

La mayoría de representaciones iconográfica sobre San Antón incluirán este elemento, y en la iconografía de los santos es el elemento clave para señalar a este monje. Posteriormente los franciscanos lo tomaron como anhelo de vuelta a la espiritualidad anacorética, eremítica y sacrificada del desierto.

Sobre el manto del santo suele representarse en color blanco o azul, este último más generalizado. No obstante también podemos encontrarla en color marrón, o en blanco sobre marrón.

También la encontramos en retablos y pinturas. Puede estar encerrada en algún tipo de ornamento floral, geométrico o rodeada por *Flores de Lis*, marcándose en éste último caso la influencia francesa y retomando la ruta gala por la que llegaron las reliquias del santo a la abadía francesa que lo cobija.

Los frescos del retablo mayor

Las pinturas al fresco de la Ermita de San Antón de La Jara son una de las muchas obras de arte que pueden contemplarse en este pueblo. Ocupan el muro de la cabecera del templo antoniano.

La pintura, al igual que la escultura, sirve no sólo como elemento decorativo en los templos. Las representaciones pictóricas tienen como objetivos primeramente facilitar al creyente una imagen real, familiar o cotidiana, de la divinidad, los misterios doctrinales o teológicos, los pasajes bíblicos o la vida de los santos y santas del calendario.

Por otra parte estas representaciones se utilizaban por parte de los clérigos con fines catequéticos, doctrinales e ilustrativos, dentro de un programa de didáctica de la religión. A la iglesia se acudía a rezar, pero también a aprender, y la ilustración del arte servía para explicar, y con ello el fiel fijar en la mente los misterios que con las palabras únicamente no podían ser aclarados.

En los frescos de la Ermita jareña encontramos principalmente unos pasajes de la vida de San Antonio Abad: la vocación y las tentaciones.

Si describimos de alto en bajo nos encontramos con una primera representación pictórica, decorativa, cuya única función trata de solemnizar o encuadrar el conjunto principal: se trata de unos cortinajes, barrocos, en azul celeste para la parte exterior y rojizos para la interna, que unos angelotes están abriendo y sujetando en el espacio, pretendiendo, a los ojos de los creyentes, enseñar un misterio escondido en el Altar Mayor. El cortinaje al que aludimos no tiene más misión que completar las pinturas centrales, las del retablito barroco que monta la cabecera. En la parte superior de estas cortinas encontramos la fecha de conclusión de las pinturas “año 1609” y justo debajo una especie de colofón o corona en el que se incluye la TAU antoniana de la que ya hemos hecho mención, en color azul intenso para el borde y celeste para el interior.



0017: Ermita de San Antón, altar mayor y retablo.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

El retablo presenta tres cuerpos y tres calles. El cuerpo superior está coronado por un Cristo bendiciendo enmarcado en un óvalo, con los ojos cerrados, en actitud concentrada. Se trata de una representación de Cristo triunfante, concediendo las bendiciones que a su vez se le conceden a Él una vez superadas las pruebas de la vida y la muerte humanas. No es propiamente un Jesús juez, pero en su gesto descubrimos el perdón universal que Dios ofrece a todos los arrepentidos.



0018: Ermita de San Antón: Cristo bendiciendo, detalle del retablo mayor.

Bajo este Cristo bendiciendo se encuentra el cuerpo superior del retablo compuesto por una sola tabla enmarcada por dos columnas adornadas con capiteles y a su vez entre dos volutas muy características del movimiento barroco. Esta tabla representa un Calvario: Jesús Crucificado, muerto ya, con su madre a los pies acompañada de la Magdalena y San Juan, junto a otro personaje femenino. Destacamos el dibujo de las figuras compositivas todas ellas dirigiendo sus miradas al rostro de Cristo muerto en la Cruz. Desde el Calvario divisamos un espacio geográfico llano en el que destaca en la lejanía una ciudad.



0019: Calvario representado en el cuerpo superior del retablo.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

Bajo esta tabla se encuentra el cuerpo central del retablo. Este cuerpo central está compuesto por dos calles con pinturas referentes a la vida del santo y la hornacina donde se ubicaría inicialmente la primitiva imagen.

La calle izquierda alberga dos interesantes pinturas: la superior, correspondiente a la Anunciación del Arcángel Gabriel a la Virgen María de la Encarnación de Jesús en su cuerpo; la inferior que trata de un pasaje muy propio de la vida de San Antón en el que los demonios tientan al santo queriendo provocar su abandono de la vida religiosa.



0020: Detalle de la Anunciación del ángel a María.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

Respecto a la Anunciación hay que resaltar en primer lugar su significado. Éste alude en primer lugar a la voluntad manifiesta de María al decir que “Sí” al Arcángel y con ello responder positivamente a los designios que Dios preparó para María desde antiguo, recogidos en el Antiguo Testamento. Vemos la voluntad de una mujer sencilla que acepta y asume una misión “ininteligible” para ella: cobijar, humanizar a Jesús, el Redentor de la Humanidad. El gesto mariano es un ejemplo de *entrega por la fe*, justo lo que Jesús demanda a quienes quieren seguirle, y que San Antón supo entender y cumplir.

Otra lectura de la Anunciación a María es que se trata, una vez dicho el “sí” quiero del **primer momento humano de Jesús**, la concepción. Jesús se hizo hombre para con las capacidades y debilidades humanos hacerse Dios.

Estilísticamente responde a la tradición pictórica para esta escena: un lugar interior y recogido; María sorprendida en una actitud orante, clavada de rodillas ante el mensajero de Dios, el Arcángel, y una paloma representando al Espíritu Santo origen del rayo que porta la concepción, con procedencia inequívoca desde Dios mismo. Es lo que muchos autores consideran la primera manifestación encubierta de la Trinidad (Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo). Característica es también la cinta con la salutación del ángel a María “*Ave María, Gratia Plena...*”.

Bajo esta representación encontramos al santo tentado por demonios. Responde a una representación tradicional de este santo. En un espacio yermo, desértico, con poca vegetación y la que aparece muy característica de ese lugar geográfico, entre cuevas y montañas, con un cielo rojizo, anaranjado, caluroso, vemos al monje tentado por los demonios a los que lleva muchos años venciendo. Los demonios, representados como figuritas mitad humanas mitad animal o dragón, atormentan con suplicios físicos y espirituales al varón santo, cuyo rostro, dirigido hacia un rayo que aparece en el cielo, significando el auxilio de Dios, no expresa ningún sufrimiento pues en ese momento de su vida el santo había adquirido la capacidad y virtud suficiente para ignorar al maligno con sus pretensiones. El rostro de san Antón lo dice: paz, confianza, entrega de quien sabe que está bajo la protección del Todopoderoso. Sus manos en actitud orante, confiada.



0021: San Antonio tentado por los demonios;
tabla del retablo mayor
Foto cedida por José Antonio Perona López.



0022: Encuentro de San Antón
y San Pablo ermitaño. Velázquez,
ca. 1634-1635.
Colección del Museo Nacional del Prado.

Este mensaje es el que se transmite desde el púlpito a los creyentes en Cristo: la confianza en Dios todo lo puede, el maligno es vencido por la Fe, ciega, entregada.

La calle del lado derecho del retablo se equilibra también con dos pinturas. La superior representa otra escena de la vida de san Antón: la visita a San Pablo Ermitaño. Habiendo tenido san Antón un sueño donde se le decía que había otro monje ermitaño en el desierto, más mayor que él, debía Antonio encaminarse a buscarlo y conocerlo. Se puso en camino hasta dar con él en la Tebaida. Pablo reconoció enseguida a Antonio y juntos estuvieron hablando de las cosas de Dios. Todos los días un cuervo traía a Pablo medio pan para alimentarse. Ese día trajo un pan entero. Al día siguiente Pablo dijo que se le había anunciado su muerte y le pidió a Antonio que fuera a su cueva a por el manto que le había regalado san Atanasio, supuestamente nunca habían hablado de esto con lo que Antonio quedó convencido de la virtud de Pablo. Nuestro santo se encaminó a su cueva con el temor a no volver a ver a Pablo, y así fue: cuando Antonio volvía a la cueva del otro monje pudo ver como un ave transportaba el alma de Pablo. Al llegar a la cueva dos leones ayudaron a Antonio a enterrar el cuerpo de Pablo. Esta escena de la vida de San Antonio la representa magníficamente Velázquez.



0023: Retablo de la ermita de San Antón de La Jara, detalle del abrazo entre el santo y san Pablo eremitaño.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

El cuadro jareño representa a los ancianos monjes abrazándose como hermanos, ambos pasarán a la historia de la iglesia como los primeros monjes cristianos, padres de la vida monástica, san Pablo se celebra el día 15 de enero, San Antonio el 17.

La tabla inferior representa a San Antonio junto a Jesús. Éste le está enseñando el difícil camino cristiano. Como dijimos la vocación de Antonio arranca de la frase evangélica en la que Cristo invita a un joven a vender todo lo que tiene, a repartirlo entre los pobres, y a seguirlo. Antonio sigue este consejo evangélico. El cuadro en cuestión nos habla de la respuesta a la vocación. El camino es dificultoso lleno de cruces. También se representan los elementos de la Pasión: flajelos, columna, gallo de la traición, cruz, clavos... Cristo se pone así mismo como ejemplo: su sufrimiento lo convirtió en Verdadero Dios. Antonio, y los cristianos, están llamados al sufrimiento: *“cada cual que tome su cruz y me siga”*.

Cruzar el puente del sufrimiento, de las dificultades, con Fe, lleva a la Gloria, al Cielo, a la Recompensa, representada más arriba.

Mientras a un lado y a otro de los personajes centrales aparecen las tentaciones nuevamente, en forma de diablillos, en sentencias escritas, frente a otras animando a la santidad, y junto a dos personajes que pudieran parecer los donantes.

No existe documentación, o al menos no se ha encontrado después de revisar la colección de Protocolos del Archivo Municipal de La Jara, en la que se hable de donantes. El documento de 1595 analizado más arriba contempla que el templo debe ser decorado con escultura o con pintura. Pero hay algo que nos hace pensar que no se trata realmente de los oferentes del retablo y decoración.



0024: San Antonio acompañado de Jesús; detalle de retablo mayor.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

Así como las frases escritas en las cintas que rodean las cabezas de Jesús y el santo aluden a la vocación: *“ven y te coronaré”, “sígueme”, “difícil es el camino”, “confío en ti”*; encontramos que uno de los personajes que se sitúan en el marco izquierdo inferior sujeta una frase que dice, en latín, *“revertere”*. Esta palabra invita a “volver sobre los pasos que uno ha andado”, es decir el supuesto personaje está, y así se puede ver en el gesto de las manos de los dos personajes, invitando a “abandonar el camino elegido”.



0025: Detalle de tentaciones, del retablo mayor de San Antón de La Jara.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

Louis Réau, en su obra sobre *Iconografía del arte cristiano*¹² ilustra sobre la iconografía de San Antonio Abad y llegado a la iconografía sobre las tentaciones, destaca que éstas se representaban en el número de siete aludiendo a los siete pecados capitales, representados por siete demonios, o símbolos de las tentaciones.

Ciertamente las representaciones jareñas rompen con la tradición iconográfica de san Antón en el arte.

San Antonio Abad siempre es representado acompañado de un cerdo; el cerdo simboliza el control del santo sobre los demonios, basándose este símbolo en el pasaje del Evangelio que narra Mateo 8, 28-34, con los endemoniados gadarenos que acabaron metidos en el cuerpo de una piara de cerdos y arrojados al mar.

Por otro lado el cerdo que acompaña al santo viene a recordar que los primeros hospitales antonianos se dedicaban a la cría del cerdo para alimentar a los enfermos que se acercaban a sus puertas. Los cerdos del hospital podían campar por el campo, se les diferenciaba con una campanilla que a su vez representaba la concesión papal que los antonianos tenían para poder pedir a golpe de campanilla en cualquier lugar. Esta iconografía se reduce exclusivamente al occidente europeo. El santo también suele portar un báculo con forma de T.

La explicación de esta ruptura general la podemos encontrar en el localismo de los propios artistas que pintaban por información transmitida, generalmente por los clérigos, o por otros artistas. En estas pinturas no vemos, por ejemplo, la TAU (exceptuando la comentada que se encuentra en la parte superior del muro). Generalmente san Antón en toda la pintura analizada porta en su manto el signo TAU. Tampoco encontramos el cerdo, que en la representación pictórica o escultórica del santo lo acompaña siempre. No encontramos tampoco alusión a la enfermedad del fuego, ni encontramos personajes acudiendo al santo o con signos de enfermedad o dolencias, máxime cuando en el documento fundacional que conocemos sí que alude al “amparo de enfermos tocados por el fuego”. Repetimos que el autor debía pertenecer al entorno jareño, o comarcal, y pintó con datos o informaciones que le transmitieran, sin más, con el conocimiento de la vida del santo únicamente.

¹²RÉAU, L., *Iconografía del arte cristiano; iconografía de los santos*, Tomo 2-volumen 3, Ed. del Serval, Barcelona, 2000.



0026: Santa Cena del retablo mayor.
Foto cedida por José Antonio Perona López.

Finalmente el cuerpo inferior contiene una representación de la Santa Cena. Como dijimos más arriba se trata de la parte del retablo en la que se instalaba el Altar Mayor.

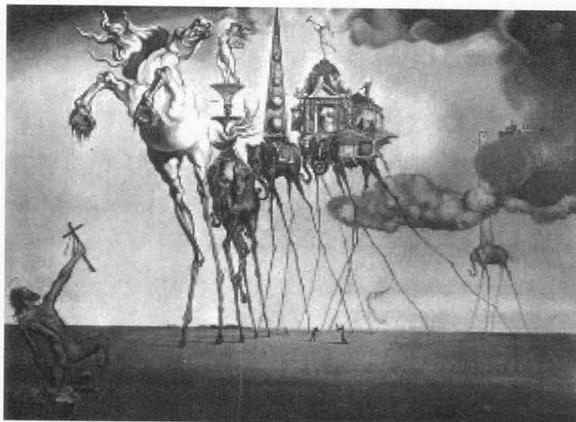
La Santa Cena representa la instauración por Jesús de la Eucaristía. La representación es pues lógica y propia de estar en ese lugar. También tiene su enseñanza con respecto a la vocación pues en ella podemos observar en primer plano al “traidor de Judas”, con la bolsa del dinero en la mano por entregar y traicionar a Jesús.

El abandono de la vocación para seguir a Jesús es una traición al mismo. Esta escena, a la vez que alude a la Eucaristía, alude al compromiso fiel y ciego, hasta el final. Compromiso exigido por el mismo Jesús: ***el que quiera seguirme niéguese así mismo, cargue con su cruz y me siga.***

Otras representaciones significativas de San Antonio en el arte



0028: Tentaciones de San Antonio de El Bosco, 16 .
Colección del Museo de Arte Antigua de Lisboa.



0029: Salvador Dalí, 1946: Tentaciones de San Antonio.
Colección del Museo Nacional del Prado, Madrid.



0030: San Antonio de El Bosco hacia 1535..
Colección del Museo Nacional del Prado, Madrid.



0031: San Antonio de El Bosco 1501.
Colección del Museo de Arte Antigua de Lisboa.

CONCLUSIONES:

Villanueva de la Jara posee una riqueza patrimonial incuestionable fruto de una andadura histórica vinculada con la prosperidad del lugar, visible en la arquitectura doméstica de las casonas castellanas extendidas por todo el pueblo, y las inquietudes de una sociedad ligadas al arte, y por ende a la religión, que incluso cuenta con la presencia de una de las más famosas y veneradas santas de la Iglesia Católica: Santa Teresa de Jesús, como fundadora de uno de los monasterios jareños.

Ningún hecho histórico, cultural, artístico, literario o religioso se produce aisladamente. Todo forma parte de una misma expresión. En el caso que nos ocupa se trata de la manifestación de la fe y la devoción de un pueblo hacia un humilde santo protector de animales, sustento y enfermedades de la época.

Nos queda ese testimonio documentado, como fruto del esfuerzo de quienes nos precedieron, también jareños y jareñas de los siglos XVI y XVII. Y del esfuerzo de todos aquellos vecinos del lugar que se han empeñado en conservar este monumento.

Esto nos otorga por una parte un privilegio: conocer elementos con los que convivieron, de los que aprendieron, ante los que rezaron y pidieron por la prosperidad del lugar. Por otra parte un orgullo, el de poder disfrutar y contar con ese esfuerzo aún entre nosotros a pesar del paso del despiadado tiempo que todo lo borra, como ha ocurrido con otros monumentos.

Por todo ello hemos adquirido una **responsabilidad**: debemos transmitirlo a los futuros jareños.

Es nuestra obligación **conservar** estos bienes; **difundir** su existencia, **enseñar y explicar** su significado, porque con ello garantizamos su supervivencia; además, transmitimos nuestra cultura y nuestra historia, nuestro propio ser, porque somos eso: la herencia de lo que nos han ido dejando, y además, mirando al futuro y a los nuevos tiempos, damos cabida a posibles nuevas industrias basadas en el turismo y en la riqueza cultural, verdadera esencia de la entidad del ser humano.

Desiderio Gabaldón Salamanca, gran amigo de La Jara.

Bibliografía utilizada:

BIBLIA DE JERUSALÉN, Ed. Desclee de Brouwer, Bilbao, 1987.

FERNÁNDEZ PEÑA, M.R., *San Antonio Abad, un santo antiguo pero muy actual*, en "Los santos: cofradías, devoción y arte" Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, Madrid, 2008.

GARCÍA ORO, J. y PORTELA SILVA, M. J., *La Orde de San Antón y la asistencia hospitalaria en Castilla durante el Renacimiento*, en Archivo Ibero-Americano LXVI 250-251, 2005.

HARRINGTON, W. J., *Iniciación a la Biblia*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1967.

LÓPEZ, M., *Memorias históricas de Cuenca y su obispado*. Ed. de Ángel González Palencia. Vol. I. Cuenca, 1949, p.326.

MARTÍNEZ SORIA, C. J., *La advocación de la Virgen de la Luz, Patrona de Cuenca*, en Actas del I Congreso Nacional de Advocaciones de la Luz: "Lux Mundi. La religiosidad popular en torno a la Luz", Almería, 2007.

MISCHLEWSKI, A., *El Hospital de San Antón. Los antonianos y las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, en Actas del curso de verano "Hospitalidad y Hospitales Jacobeos en Castilla y León" de la Universidad de Burgos, Burgos, 2008.

MICHELÍ MÁRQUEZ, I., *Tesoro militar de Caballería. Antiguo y moderno modo de armar caballeros y profesar, según las ceremonias de cualquier Orden Militar, Regla debaxo de la qual militan*, Madrid, 1642.

OLLAQUINDIA AGUIRRE, R., *La Orden Militar de San Antón*, en "Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra", año 32 nº. 75, pp. 147-158, Navarra, 2000.

OLLAQUINDIA AGUIRRE, R., *Noticias sobre la Tau y los antonianos*, en "Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra", año 35, nº. 79, 2004, pp. 157-173

RÉAU, L., *Iconografía del arte cristiano; iconografía de los santos*, Tomo 2-volumen 3, Ed. del Serval, Barcelona, 2000.

SÁNCHEZ DOMINGO, R., *Una institución hospitalaria en el Camino de Santiago: la ciencia médica de la Encomienda antoniana de Castrogeriz (Burgos)* en "La Iglesia Española y las Instituciones de Caridad", Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas – Simposium 14, Madrid, 2006.

VORÁGINE DE LA, S., *La leyenda dorada*, 2, Alianza Forma, Madrid, 1984.

Abreviaturas:

- AHPCu: Archivo Histórico Provincial de Cuenca.
- AGS: Archivo General de Simancas.
- AMVJ: Archivo Municipal de Villanueva de la Jara.

Desiderio Gabaldón Salamanca. 2009

Ayuntamiento de Villanueva de la Jara

Diseño, maquetación y fotografía de cubierta por Aníbal Gómez Cortijo

D.L.: CU-11-2010

Edita: Ayuntamiento de Villanueva de la Jara

Colabora: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha



Castilla-La Mancha



**AYUNTAMIENTO DE
VILLANUEVA
DE LA JARA**